

Manuscrito hallado en un tubo de ensayo

David Medina Cortés

Resumen— Esta historia nace a partir de una intención y de una idea. La intención de poner la ciencia al servicio de la sociedad como nunca antes se había hecho; la idea de destruir la barrera entre lo natural y lo artificial. Que sepamos, ambos fueron proyectos frustrados. Toca al lector, sin embargo, juzgar la mente y los actos del hombre que los llevó a cabo.

Palabras Claves— Naturaleza. Humanidad. Sociedad. Ciencia.

Yo era como usted. Era de los que pensaban que la Naturaleza es la reina de los mecanismos perfectos, y como ser humano, veía en nuestro cuerpo un claro ejemplo de ello. Un cuerpo que siente, piensa y quiere. Un cuerpo que sobre todo, vive, que ya es mucho más que a lo que aspiran todos los microchips y los circuitos artificiales del mundo. Porque todos los científicos hablan de la Inteligencia Artificial, pero ninguno le añade los Sentimientos Artificiales o la Belleza Artificial, elementos extraordinarios de culminación que definen todo lo que somos.

Yo era también (y lo sigo siendo) alguien comprometido con el mundo, como todos los hombres, lo sepan o no lo sepan. Pero este mundo es injusto, los ancianos entran temblorosos en los vagones de metro y nadie les cede el sitio, y ellos lloran por dentro y se agarran vacilantes a las barras metálicas y rezan para no caerse; los ojos de los mendigos que duermen entre cartones son tristes y solo sirven para mirar, no pueden transmitir, porque nunca son mirados por la muchedumbre que pasa ante ellos. Odio las injusticias que envuelven la vida en un alambre de espino y, como hombre de ciencia, es mi deber combatir.

Por todo esto, veía en nuestro organismo un modelo a implantar en el mundo, donde las piezas se unen en una coordinación suprema para alcanzar un fin mayor. Un fin de bienestar, donde todos podamos vivir en paz y sin pasar hambre. Ahondar en este campo tan poco explorado, utilizar para la humanidad las formas de organización de la Naturaleza, ha sido mi objetivo durante largos años de trabajo en los laboratorios más prestigiosos, preparados e innovadores del mundo. Así, explorar las partes del cerebro y las interacciones que hay entre ellas podría ser un camino para diseñar la élite de personas que organicen y ordenen sobre las demás. Asimismo, estudiar los fenómenos de muerte celular programada, por los que algunos individuos se sacrifican para garantizar el futuro del organismo entero, serviría para concienciar de que somos simples piezas en un proyecto mayor, que abarca siglos y siglos de humanidad y conocimiento. Y estos son solo dos de los muchos ejemplos que pueden darse y que pueden llevarnos a una sociedad mejor.

Sin embargo, todo empezó a ir mal casi desde el principio, las conclusiones a las que cada día llegaba no dejaban de sorprenderme. El proceso transcurrió, por así decirlo, en un orden natural. Era lógico empezar por el principio, por las neuronas, las jefas de todo el cuerpo, las que lo disponen y coordinan a su antojo. Sin embargo, el se-

guimiento de cierta hormona me descubrió un mundo totalmente nuevo, en el que las ideas que hasta entonces tenía se venían abajo como un castillo de naipes. En este seguimiento descubrí una especie mucho más importante, una especie marginada a la que tomé cariño muy rápidamente. Eran los melanocitos. Quizá no le suenen, o si le suenan no les habrá dado mucha importancia, pero a mí me llamaron la atención desde la primera toma de contacto. Al microscopio, parecía que me miraban con unos ojillos tristes, con las manos tendidas hacia mí, pidiéndome ayuda. Ahí llegaron los primeros estudios, diseñé experimentos con que explorarlos. Los observaba durante horas enteras, estimulado por litros de café y por la inmensa curiosidad inherente a cualquier científico. Llegaron también las primeras noches en vela pensando en ellos, en qué querían, en cómo ayudarlos. Rescato ahora algunos apuntes de mi diario, tomados por aquel entonces:

“Los melanocitos son seres normales, humildes, tranquilos... No suelen salir mucho de sus puestos, su trabajo no se lo permite. Además, tienen una labor tediosa, todo el rato pintando la piel, melanina para allá y para acá, sin que en realidad nadie se fije en ellos ni les dé las gracias. Algunos intentan darle un toque artístico a su trabajo. Pintan alguna peca, algún lunar con forma de estrella, colorean o borran a su antojo alguna zona concreta, pero de inmediato se ven encima miles de medicamentos, naturales o artificiales, que los devuelven al trabajo de la brocha gorda.

Los melanocitos sueñan con ser espermatozoides, esas graciosas hormigas con cola, exploradores incansables; o con ser linfocitos, fuertes y valientes. Porque nadie se acuerda de los pobres melanocitos amables y risueños; pobres melanocitos tímidos y callados; pobres melanocitos en su burbuja de cristal; pobres melanocitos...”

Es cierto que al principio me guiaba por apariencias, por sensaciones. Me llevó mucho tiempo estudiarlos científicamente, aunque cuando lo conseguí no hice más que confirmar mis suposiciones. Lo primero que logré fue aislarlos del resto del cuerpo. Les suministré las cantidades perfectas de nutrientes y vitaminas para que pudieran vivir de manera óptima, conseguí cultivos celulares prácticamente puros y totalmente viables, valiéndome de las técnicas más actuales. Descubrí que cuando están aislados

son capaces de dibujar formas y tonos de color bellísimos, indescriptibles. Le hablaba antes de la belleza natural, superior sin duda a la que puede conseguir el hombre con técnicas artificiales. Sí, *Muchacha en la ventana*, del genio Dalí, es sublime. Pero no es comparable a la belleza de cualquier árbol que vemos en la calle, bello simplemente por ser lo que es y pertenecer al reino de lo vivo. Por eso, los dibujos que surgían en los cultivos eran sobrecogedores, y podría gastar hojas y hojas de papel, y litros y litros de tinta, sin llegar a acercarme a describir las sensaciones que producen en una mente atenta. Entonces los observaba otra vez al microscopio y sabía que me daban las gracias, y que esas creaciones eran producto de su profundo agradecimiento hacia mí. Admito mucho más complicado el intento de estudiarlos rodeados de su entorno, donde interaccionan con miles de células y sustancias que modifican su trabajo; que, de alguna manera, lo coartan. Pero lo que he visto con mis propios ojos no está, de ninguna manera, sujeto a error y mis descubrimientos son irrefutables.

El extracto anterior de mi diario fue escrito tras observarles durante días enteros en su tarea, que admito necesaria, y que no debe tener fallo alguno. Pero hay que entenderles, qué sabrán ellos de dañinas radiaciones o de lunares malignos... Los veía trabajar cada vez más pesadamente, cada vez más tristes, con más desgana. Es cierto que las tinciones que usaba, que yo mismo diseñé, casi no me dejaban vislumbrarles el rostro, casi no podía saber si estaban tristes o contentos. Pero sí, de alguna manera lo sabía, estaban sufriendo, no les gustaba su trabajo. Fue entonces cuando empezaron a olvidarse zonas, cuando empezaron a tener discusiones inocentes con sus vecinos. Poco después, volvió el mensajero que me llevó a ellos, que ya casi había olvidado. Fue tras esta visita cuando saqué algunas de las conclusiones más importantes de mi estudio:

“La vida de un melanocito no suele tener disgustos, ni alegrías, ni nada que salga de la rutina. Sin embargo, hay algo que provoca sueños intranquilos a los jóvenes melanocitos, y que también provoca todos los odios del melanocito adolescente y rebelde, indignado melanocito que se levanta contra la homeostasis y la pleura. Hablo del mayor enemigo del melanocito, casi un enviado del diablo, con su traje negro y sus zapatos blancos: La Hormona Estimulante de Melanocitos. ¡Qué disgusto en la comunidad cuando se le ve venir por las vías rojas! Se borran las sonrisas y todos los melanocitos rezan para que pase de largo y vaya a fastidiar a otros, que bastante trabajo tienen ya ellos, y ya estuvo el mes pasado, y esas quejas con tanto sentido que a nadie importan. La hormona estimulante de melanocitos es un enviado del cerebro opresor y frío, terrible maquinaria perfecta con todos los órganos a su servicio. Cuando llegó, impoluto, se plantó muy rígido y sacó una libreta y un lápiz nuevo, y dejó en una mesa miles de informes mecanografiados en la subcomisión de piel por alguna neurona prestidigitadora y subalterna. La hormona sonrió y todos

callaron, casi sin atreverse a mirarla; la hormona hizo un chiste y todos rieron con risa nerviosa y sudor frío; la hormona encendió un cigarro y todos tragarón saliva y agacharon la cabeza, melanocitos asustados. Vino luego un aluvión de tecnicismos y radiaciones ultravioletas, pigmentación, síntesis y disciplina. “Más trabajo si queréis salario, y ya estáis tardando que el tiempo apremia”. Entonces, humillados, con sus hombros caídos, los pobres melanocitos se miraron a los ojos y volvieron al trabajo sin una queja ni más remedio.”

Es cierto que me fue imposible registrar cada gesto de la hormona, por más que lo intenté. Aún en la actualidad, tras siglos de desarrollo científico, no hay medios para observar los sentimientos de cada célula, que imagino puros en los melanocitos y crueles y tiránicos en otros casos. Eran ellos, los propios melanocitos, los que me contaban su historia a través de sus dibujos. Yo veía llegar la hormona, veía a muchos de estos seres amontonarse alrededor. Pero a la vez, un poco más allá, de espaldas a ésta, un pequeño grupo pintaba un color negro profundo, tinieblas en la piel, que a mí me transmitía todos los sentimientos de odio y desesperanza que en ese momento sentía la comunidad. Color que en apenas segundos se borraba, por miedo a ser descubierto.

Por eso, todas las ideas de perfección que yo encontraba en el orden natural se han desvanecido. Todo este trabajo ha servido para dar cuenta de que en nuestro cuerpo también existen pueblos nobles y oprimidos. El cerebro y sus enviados actúan como próceres del orden y el sentido común, aunque por el camino queden infelicidades para aquellos que solo quieren darle un poco de color a la vida. ¡Y qué color es éste! Qué capacidad la de los melanocitos de alegrarte una mañana con solo una figura. Nada más hay que sentir la belleza de una carita ribeteada de pecas de un niño cualquiera, tolerada por el cerebro por razones estrictamente evolutivas. No tengo duda, hay que concienciarse con el pueblo melanocito. Así, nuestras vidas serían un poco más felices, y nuestros sueños mucho más alegres.

Pero basta, llegó la hora de tomar partido. No soporto más la injusticia dentro de mi propio cuerpo. Último ahora los detalles del experimento definitivo, el que me dará fama mundial, el que dejará mi nombre en todos los libros de historia y, sobre todo, el que me llevará de una vez por todas a ser feliz y convivir en paz con la creatividad de la Naturaleza. Tengo que liberar a los melanocitos del resto de mi cuerpo y, sobre todo, de las garras de las neuronas. Así estarán contentos, podrán hacer su tarea, llena de creatividad e imaginación. No es una locura, yo lo sé. Arrancaré mi piel de cada músculo, la separaré de cada terminación nerviosa, sean cuales sean los métodos necesarios. No me asusta la sangre ni el dolor, todo sea por ellos y por la ciencia. Sabré de una vez por todas si otro orden es posible. Voy a atreverme, y le conmino a usted a hacer lo mismo.

**Nota: Este es un manuscrito original, sin fecha, encontrado en los cajones de un laboratorio del que prefiero no dar datos. Me he limitado a reproducirlo casi sin modificaciones, a excepción de la corrección de alguna falta de ortografía en el tramo final, producto del delirio del autor. Es un error darle alguna importancia a este texto. Sin duda, no es más que la crónica de una locura.*



David Medina Cortés es estudiante de tercer curso del grado en Biotecnología en la Universidad Pablo de Olavide.